



La literatura del horror tiene en su vertiente 'Campos de concentración' uno de sus más inagotables filones. La cantidad de páginas dedicadas a la infamia de los campos supera en proporción abrumadora la dedicada a otros genocidios no menos metódicos, inconcebibles y descorazonadores, digamos el armenio o el ruandés, y este volumen inmenso no deja de crecer temporada a temporada. Pero tampoco la atención prestada a los campos es más o menos paritaria, y los del exterminio nazi siguen recibiendo mucha más que los del estalinismo, a los que aún hoy cubre una bruma de confusión, cuando no de ignorancia, entre una parte no desdeñable del público. Auschwitz se ha convertido en sí mismo en un género literario, mientras que Kolimá o cualquier otra isla de muerte del archipiélago Gulag suenan a terrores lejanos, esteparios, que no nos atañen de una manera tan directa, tan medular, pese a que la suma de víctimas en ellos fuera mayor. Y no se trata de establecer jerarquías del horror. No es que unos campos fueran 'peores' que otros. Se trata simplemente de ser conscientes de que el Horror es uno y múltiple.

Con todo, esta hegemonía del horror ha venido siendo corregida editorialmente en España, en los últimos años, con una serie de libros entre los que 'Un mundo aparte', por primera vez traducido al español (a partir del original polaco, ha de ocupar desde ya un lugar de referencia. El li-

Reportaje del horror

'Un mundo aparte' de Gustav Herling-Grudzinski es Nuevo Periodismo con quince años de adelanto y un libro necesario



Trabajadores en un campo de concentración soviético. :: EL NORTE

bro de Gustaw Herling-Grudzinski fue uno de los primeros -en 1951- en dar a conocer en Occidente la infamia del Gulag, pero una serie de avatares -entre los que la ceguera voluntaria de una gran parte de la izquierda (por así llamarla) ortodoxa europea tuvo no poca parte de culpa- lo relegaron al ostracismo público hasta la década de los noventa. Etiquetado como 'novela autobiográfica', me parece sin embargo más preciso ubicarlo en esa categoría híbrida y vibrante que es el

Nuevo Periodismo: 'Un mundo aparte' es Nuevo Periodismo con quince años de adelanto. En efecto: la crónica narrada en 'Un mundo...' se ajusta a los hechos acontecidos con un rigor que la novela, aun la novela autobiográfica, no tiene por qué mantener, basta con que la inspire; en cambio, todo lo que se cuenta en 'Un mundo...' -acentuación tal cual -y además el lector lo sabe de entrada-, como en un reportaje; el que para contar tales hechos se haya recurrido a las técnicas pro-

pias de la ficción solo subraya la audacia del autor. Los hechos del horror los podemos consultar en otros lados, en la enciclopedia, en Internet, en Solzhénitsyn (cuyo 'Archipiélago Gulag' solo tiene un fallo: el de ser ilegible), pero al cabo casi seguro terminemos desbordados por ellos, desorientados. Herling-Grudzinski supo o tuvo la intuición artística de que con las técnicas de la ficción se puede desflorar una verdad mucho más palpitante; de que así, paradójicamente, es muy



UN MUNDO APARTE

Gustaw Herling-Grudzinski, Editorial Libros del Asteroide. 339 págs

probable que la verdad llegue de manera más directa al lector que con la enumeración desnuda de los horrores, pues

se aúna la fascinación de la ficción con la fuerza de la realidad. Ejemplos de los hallazgos estilísticos de H-G son: «... el helecho de hielo que crecía en el cristal» (para describir la escarcha); «... se dirigían al campo las brigadas con cortos fúnebres de sombras llevando a hombros sus propios restos mortales»; «Me atraía... su fanática solidaridad»; «... experimentando el mayor privilegio que le puede ser concedido a alguien que se está muriendo, el privilegio de evocar recuerdos».

El periplo narrado en 'Un mundo...' es el que H-G pasó en el 'campo de trabajo' -eufemismo infamante- de Yártssevo desde noviembre/diciembre de 1940 hasta enero del 42, más un epílogo de retorno y casi euforia al conocer de la caída de París, donde el azar recompensa finalmente al autor con el nacimiento de una amistad fugaz y duradera. Un colofón adecuado como rúbrica y resumen de la sensación que le gana al lector en el momento de cerrar el libro: la de que el hombre, animal de inagotable inventiva para la infamia y el dolor gratuito, es también capaz del heroísmo, y que gracias a héroes callados el mundo sigue, pese a todo, girando.

El único reproche que se le puede hacer a la presente edición de 'Un mundo aparte' es la excesiva cantidad de erratas que se han deslizado en el texto -el estigma de la tragedia marcada en el rostro-, en vez de marcado, «seis menos cuatro» en lugar de menos cuatro; «sonreír» sin tilde, etc.- que merecen sin duda una corrección urgente de cara a futuras ediciones. Una lástima, pues si existe la categoría de libros necesarios, 'Un mundo aparte' merece pertenecer a ella por pleno derecho.

Lectores

CIRO GARCÍA



EL TALISMÁN DE LA COSTURERA

A día de hoy es complicado, fuera del ámbito de las librerías de viejo -y aún allí es difícil- encontrar alguno de los libros de Joan Perucho. No recuerdo haberlo estudiado en los manuales de literatura de la escuela, aunque quizás me falle la memoria, y tal vez, aunque fuera de refilón si que se lo mencionaba. Todos estos hechos podrían producirme extrañeza, si no fuera porque vivimos en el

lugar en que vivimos, una nación cuyos escasos lectores se inclinan, al parecer, a esa tipología de lector que Cortazar llamó -con poca fortuna, siguiendo los tópicos de una clasificación puramente medieval- "lector hembra". Mejor, quizás, sería llamarlo lector pasivo, o vago, o acomodaticio, o dormido. Este consumidor de libros se caracteriza por ir siempre más o menos sobre seguro, elige casi siempre el mismo tipo de lecturas en

las que se encuentra cómodo, estructuras y argumentos predecibles, que se atengan a la ley de la causa y el efecto -de ahí el triunfo del género policial, que además permite jugar a los rompecabezas, potenciando, si es capaz de anticipar el final, la buena opinión que este lector pueda tener de sí-. Cualquier planteamiento novedoso, cualquier cosa que en el texto no se explique, o no pueda ser explicada, cualquier historia que se aleje de

la historia que de un modo u otro ha estado leyendo siempre, cualquier factor inesperado, inquieta, angustia y, las más de las veces, espanta, al lector pasivo. Se diría, a juzgar por las listas de ventas, por la producción editorial, que en este país abundan más los lectores de esta especie. Este tipo de lectores, por supuesto, producen un tipo de escritor completamente adaptado a sus gustos, que no arriesgará ni la colocación de una coma si esto puede contrariar a su público, que es casi lo mismo que decir, que al mercado editorial. A día de hoy -quitando unas pocas voces agueridas- la española es una literatura que no corre riesgos, que se niega a aventurarse más allá de cuatro tópicos se-

guros. Y esto no se da sólo en la llamada literatura generalista, también los géneros que nos han sido más extraños, como la fantasía, adolecen -también con alguna interesante excepción- de una notable falta de curiosidad y valor, conformándose con transitar, y a veces con torpeza, los senderos más sencillos y de probada eficacia. Por eso Perucho ha caído en un casi completo olvido editorial. A pesar de ser uno de los mejores estilistas del siglo XX, tanto en castellano como en catalán. A pesar de que su obra es una de las más osadas, interesantes, fascinante y paradójica en su mezcla de sencillez y complejidad, de la literatura mundial. Porque Perucho, suponer lo que es la literatura, y,

sobre todo, supo hacerla. Supo que a veces la teoría aristotélica -aquello del planteamiento, nudo y desenlace- es útil y que otras veces hay que desecharla como un estorbo, o jugar con ella de modo que nadie pueda decir, de firme, que es planteamiento, o que es nudo, que es desenlace. Supo que explicar cada suceso de una historia, cada causa, cada efecto, no siempre es necesario y a veces lastra. Supo que lo que ocurre en las historias que narramos no tiene por qué parecerse al mundo ni respetar sus leyes. Supo que el arte de contar es libre de decir lo que quiera y no explicar. Que el género no existe, sólo la literatura, y que esta se hace mejor si se ignoran las fronteras.